

Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / Vol. 24 - Nro. 26 - Año 2020
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Ave (Annie Vásquez) / *Comensales* / de la serie *En alojamientos* / 2012 / mixta sobre tela / 35 x 35 cm

Historia y ficción, un matrimonio incestuoso: Venezuela en tiempos violentos, siglos XIX y XX

History and fiction, an incestuous marriage:
Venezuela in violent times, 19TH and 20TH centuries

Histoire et fiction, un mariage incestueux :
Le Venezuela à l'époque de la violence, XIX^E et XX^E siècles

Recibido 20-11-18

Aceptado 15-03-19

Francisco Armando Castillo¹
Profesor Titular, jubilado
Universidad de Los Andes / Núcleo Táchira
San Cristóbal / Venezuela
franciscoarmandoc@gmail.com

Resumen: Esta línea de investigación se desarrolla a partir de dos seminarios realizados en el núcleo Táchira de la Universidad de Los Andes: *América Latina: Autoritarismo-dictadura, su historia en tres tiempos. Una lectura desde la novela* (Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe, Núcleo Universitario del Táchira, febrero-abril, 2018), e *Historia y ficción, un matrimonio incestuoso: Venezuela en tiempos violentos, siglos XIX y XX* (Maestría en Historia de Venezuela, Núcleo Universitario del Táchira, mayo-julio, 2018). En estos seminarios se parte de la idea de vincular los hechos históricos con lo ficcional, de seguir el peregrinaje de los personajes de la ficción, en el quehacer diario, casi existencial, de hombres y mujeres que habitan en casas, bares, cuarteles, prostíbulos, en fiestas y reuniones familiares, en la cama, la recluta, los encuentros armados, en las parejas, los amores rotos, salones de arte, en cárceles, en las torturas, las vejaciones, las amistades, todo ese andamiaje social del que se ocupa no la ciencia política, sino, podríamos decir, una sociología y antropología de lo cotidiano e íntimo del venezolano común. Por tanto, se hará un recorrido panorámico de algunos personajes, en las novelas más emblemáticas de la literatura venezolana, con relación al devenir histórico marcado por la violencia política, rural o urbana, que caracteriza dicho período.

Palabras claves: Historia de Venezuela; literatura venezolana; siglos xix y xx; violencia.

1. Profesor Titular Jubilado de la Universidad de Los Andes Núcleo Táchira. Profesor invitado de la Maestría de Historia de Venezuela (ULA). Profesor invitado de la Maestría de Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA).



Abstract: This research line is developed from the seminars conducted at the Universidad de Los Andes, secondary seat of Táchira: *Latin America: Authoritarianism-Dictatorship, Its History in Three Time Frames. An Interpretation through Novels* (Master of Latin American and Caribbean Literature, ULA Táchira, February-April, 2018) and *History and fiction, an incestuous marriage: Venezuela in violent times, XIX and XX centuries* (Master of History of Venezuela, ULA Táchira, May-July, 2018). These seminars are based on the idea of linking historical facts with fiction, to follow the pilgrimage of fictional characters in the daily, almost existential, work of men and women who live in houses, bars, barracks, brothels, parties, family gatherings, in bed, recruits, armed encounters, couples, broken loves, art galleries, prisons, tortures, humiliations, friendships, and all that social scaffolding that is dealt with not by political science but, we could say, a sociology and anthropology of the everyday and intimate life of ordinary Venezuelans. Thus, a panoramic tour will be made of some characters in the most emblematic novels of Venezuelan literature, in relation to the historical evolution marked by the political, rural or urban violence that characterized that time frame.

Keywords: History of Venezuela; Venezuelan literature; 19th and 20th centuries; violence.

Résumé: Cette ligne de recherche est développée à partir des séminaires organisés à l'Universidad de Los Andes, siège secondaire de Táchira: *L'Amérique latine : autoritarisme-dictature, son histoire en trois temps. Une interprétation à travers le roman* (Maîtrise en Littérature Latino-américaine et du Caraïbe, ULA Táchira, février-avril 2018) et *Histoire et fiction, un mariage incestueux : le Venezuela à l'époque de la violence, XIXe et XXe siècles* (Maîtrise en Histoire du Venezuela, ULA Táchira, May-July, 2018). Ces séminaires sont basés sur l'idée de lier les faits historiques à la fiction, de suivre le pérégrination des personnages fictifs dans le travail quotidien, presque existentiel, des hommes et des femmes qui vivent dans les maisons, les baraques, les casernes, les bordels, les fêtes, les réunions familiales, au lit, dans les recrues, les rencontres armées, les couples, les amours brisées, les galeries d'art, les prisons, les tortures, les humiliations, les amitiés, et tout cet échafaudage social qui n'est pas traité par la science politique mais, nous pourrions dire, par une sociologie et une anthropologie du quotidien et de l'intime des Vénézuéliens ordinaires. Ainsi, dans les romans les plus emblématiques de la littérature vénézuélienne, un parcours panoramique de quelques personnages sera fait, en relation avec l'évolution historique marquée par la violence politique, rurale ou urbaine qui a caractérisé cette période.

Mots-clés: Histoire du Venezuela; Littérature vénézuélienne; XIXe et XXe siècles; violence.

Esta línea de investigación se desarrolla de dos seminarios realizados en el Núcleo Universitario del Táchira de la Universidad de Los Andes: *América Latina: Autoritarismo-dictadura, su historia en tres tiempos. Una lectura desde la novela* (Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe), e *Historia y ficción, un matrimonio incestuoso: Venezuela en tiempos violentos, siglos XIX y XX* (Maestría en Historia de Venezuela).

En estos seminarios se parte de la idea de vincular los hechos históricos con lo ficcional, con el atrevimiento de seguir el peregrinaje de los personajes de la ficción en el entramado del quehacer diario, casi existencial, no riguroso, de hombres y mujeres que habitan en casas, bares, cuarteles, prostíbulos, fiestas y reuniones familiares, en la cama, la recluta, los encuentros armados, las parejas, los amores rotos, salones de arte, cárceles, torturas, vejaciones, amistades, y todo ese andamiaje social del que se ocupa no la ciencia política, sino, podríamos decir, una sociología y antropología de lo cotidiano e íntimo del venezolano común; así como se ocupa de los hombres que salen de esa esfera de lo particular para situarse por encima de lo individual.

Allí entran, de manera ficcionada, personajes históricos como la María Antonia de Inés Quintero, la cual trasmite el pesar y la incertidumbre existencial de un grupo social que de la noche a la mañana ve perdido todos sus privilegios por la “insensata” conducta de algunos de sus pares, al atreverse a romper el dique burocrático sociocultural y religioso de una apacible vida colonial.

Algunos de los personajes de ficción de la novelística venezolana son: María de la Gracia, Doñana, Juana la Poncha (Francisco Herrera Luque, *Boves el Urogallo*); Alberto Soria, Rosa Amelia (Manuel Díaz Rodríguez, *Ídolos rotos*); Paulo Guarimba, Josefina Macapo (Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, *En este país*); Fermín Entrena (José Abel Montilla, *Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve*); el general Juan Palacios, Juan Caribe, Lucía Carvallo, el sargento Felipe Bobadilla, Encarnación, don Jacinto Sandoval (Gonzalo Picón Febres, *El sargento Felipe*); el padre Solana, Elodia Chano (Arturo Uslar Pietri, *Oficio de difuntos*); Diego Collado, Álvaro Collado, Celmira Collado, Saúl Verrón, Lázaro Agotangel, Eladio Flores, Marta Collado, el teniente Abel Maldonado, el doctor Juan Milvo, el bachiller Bruno Galeotti, Juvenal Contreras (A. Uslar Pietri, *El laberinto de fortuna*); la familia Machado, la familia Corrales, la familia Otáñez, Concha'piña y su hijo, Cuqueta, Sobeido, Ceballos, Carolina (Francisco Herrera Luque, *En la casa del pez que escupe el agua*); Juan Vicente Gómez, Román Delgado Chalbaud (Federico Vegas, *Falke*); Alfonso Ribera, Elisa Govea, Soledad Ribera, Alfonso Ignacio Ribera, Fabio Antonio (Mario Briceño Iragorry, *Los Riberas*); Román Velandia, Humberto Ordóñez, el doctor Escalante (El pasajero de Truman); los Victorinos (Miguel Otero Silva, *Cuando quiero llorar no lloro*); Andrés Barazarte, Delia, general Epifanio Barazarte, Jaramillo el sastre (Adriano González León, *País portátil*); todos ellos, personajes que recrean con sus emociones, hastíos, solemnidades, certidumbres y dudas, pesadumbres y rivalidades, una crónica del poder y el amor en una Venezuela en tiempos violentos.

Entre estos personajes de ficción encontramos transfigurados a los generales, doctores, escritores y políticos de la historia real, enredados en el quehacer cotidiano de la guerra y el poder: Boves, Zárate, Zuazola, Monteverde, Bolívar, Antoñanzas, el Diablo Briceño, Juan Germán Roscio, Diego Jalón, Fernando de Ascanio (Conde de la Granja), el Marqués de Casa León, el doctor Francisco Espejo, Páez; Monagas, Falcón, los Guzmanes, Crespo, Andrade, el “Mocho” Hernández, Castro, Gómez, Gil Fortoul, Márquez Bustillo, López Contreras, Medina, los Delgado Chalbaud (en su “elipse trágico”, parodiando a Ramón Díaz Sánchez), los Rómulo, los Vallenilla Lanz (suerte de inteligencia en el manejo del poder), Pérez Jiménez, Jóvito Villalba, Pedro Estrada, Wolfgang Larrazábal, Edgard Sanabria, Rómulo Betancourt, Raúl Leoni.

En nuestra historia debemos persuadirnos de un atisbo de develamiento. De allí la recurrencia en nuestra novelística de la dictadura y de la sociedad. Nuestro incesto nos revela osadía en la pesquisa: ¿Qué hacemos con los personajes de la ficción? He ahí la pregunta a nuestros insignes novelistas, historiadores y pensadores.

PRIMERA ENTRADA: LA GUERRA, SIGLO XIX (CONCEPTUALIZADO COMO “LOS AÑOS DE LA IRA” EN LAS CRÓNICAS DE GUERRA DE ANTONIO ARRAIZ)

El eje conductor de estos seminarios transita una trama novelística que refiere al trasegar de una nación desde sus inicios como república; dos siglos de imperturbable conmoción política y social, apuntalada en los afanes existencialistas de los héroes-caudillos-generales y de amplios sectores de la población venezolana, protagonistas de ese azaroso entramado espacio-temporal que solemos denominar “nuestra historia nacional”.

Para hablar de nuestro siglo XIX, es referencial contextualizarnos en la urdimbre casuística de los días trajinados en pos del “Santo Grial criollo”, que deriva en un estado de armonía consensuada en las plumas de los pensadores de ese siglo (v. Elías Pino Iturrieta, Las ideas de los primeros venezolanos), pero trasegada por el otro, pequeño pero eficiente, sector de los protagonistas alineados en los caballos, las armas y el carisma, que señorearon los dilatados y desolados territorios que integran el novel país.

Existe una línea de azarosa temporalidad recorrida por sables y lanzas cargadas de promesas primarias; las unas: “mueran los blancos”, “tierra para los pobres”, proclamas igualitarias, ofrecimientos de libertad para los negros esclavos de Caracas que se sumasen a las filas del rey (v. Juan Uslar Pietri) y las otras, propuestas doctrinarias y conceptuales, “Dios y federación”, “Tierra y hombres libres”. José Tomás Boves emerge del corazón de Venezuela como el vengador de la pardocracia, convocando con un discurso igualitarista negado en estas regiones durante trescientos años. Boves, en una proclama durante el desarrollo de la batalla de San Mateo, para exaltar los ánimos de sus soldados, les decía:

A sus infelices hijos que gimen bajo el yugo de los tiranos (...) hombres desventurados y engañados que obstinados militáis bajo las vanderas de volívar [sic] a vosotros me dirijo (...) ¿qual [sic] de vosotros será el que ya no este desengañado?, ¿quién el que conozca que Venezuela ha sido más esclava? ¿Ni ha sentido tantos males y miseria que desde que se entregó a la dominación de volívar [sic]? (citado en José de Armas Chitty, pp. 101-102).

Esta es la voz que da expresión a los odios y deseos que laten en las entrañas de las masas oprimidas, apartadas por los criollos de las bondades de una sociedad señorial que transcurre “casi imperturbablemente” protegida por el Dios piadoso, la monarquía católica y las armas de los súbditos de ultramar. ¡Ha estallado la guerra!

Boves entra a Caracas en 1814, en su figura de conquistador, “servidor de la monarquía católica” y vengador irresoluto de atávicas afrentas de una población irredenta (caída de la llamada segunda república); y Cipriano Castro llega a la ciudad ochenta y cinco años después, una tarde de mes de octubre de 1899, conquistador del poder político de un país en desgano por todas las conspiraciones, traiciones y desafectos a que se veía enfrentado el último representante del liberalismo amarillo en la conducción de la república, el también general Ignacio Andrade. La población caraqueña, en 1814, “entra en miedo”, anarquía y diáspora (emigración a oriente); y en 1899, con “el Restaurador”, se llena de fiestas, agasajos, desfiles, promesas (“nuevos hombres”, “nuevos ideales”, “nuevos procedimientos”). Es el sino de la historia de nuestro país. Toda una carga de premuras. Ese es el escenario trágico de una nación cargada de promesas anarquizadas y, asimiladas, en lo más íntimo de la piel, de una esperanza irredenta. Es la apertura y el cierre de un siglo preñado de violencia política. Es el tiempo largo y tedioso de contiendas armadas, eufemísticamente llamadas “revoluciones”.

De igual manera, Francisco Herrera Luque traduce a la ficción (*En la casa del pez que escupe el agua*) el período histórico transcurrido entre los años del régimen personalista del general Antonio Guzmán Blanco y la muerte de Gómez. Medio siglo de historia, 1870-1936, período que abarca los gobiernos de Guzmán Blanco, Francisco Linares Alcántara, Joaquín Crespo, Rojas Paúl, Andueza Palacio, Joaquín Crespo, Ignacio Andrade, Cipriano Casto y Juan Vicente Gómez. Tiempo de caudillos nacionales, regionales y locales, de guerras y levantamientos armados, de autoritarismo, personalismo político y dictadura. Toda una travesía anclada en una rueda de la fortuna hecha historia nacional. Es un país que marcha inexorablemente hacia un destino entretejido de certidumbres e incertidumbres, donde la familia Machado, real y ficcionalizada, destaca en el devenir aristocrático, político, social, militar y burocrático. El autor adscribe al linaje de esta familia personajes de ficción como Víctor Alberto Machado, quien aparece como hijo del mulato Andrés Machado y

de Eugenia Blanco, pero carente de la fiereza de su padre. Era más bien dado a los números, con modales de blanco. Destacó en las finanzas y el comercio y llegó a ser ministro de hacienda del gobierno del general Guzmán Blanco. La familia Machado viene a representar, en esos setenta años, el modo de proceder pragmático del venezolano, que le permite amoldarse, sin mayor dificultad, a cada nueva situación política que se le presenta.

La casa del pez que escupe el agua rebosa de políticos y cortesanos que aprovechan las agonías de la moribunda para hacer méritos de amistad y familia, mientras el pueblo, tras la doble fila de tropa para hacer calle al presidente, ve llegar a los cumplimenteros con sus colores tristes que no llegan a negro (*F. Herrera Luque, En la casa del pez...*, p. 1).

Este convulsionado siglo XIX lo recoge con vehemencia nuestra historiografía republicana; pero también lo vemos transcurrir afanosamente en el corpus novelístico nacional. Francisco Herrera Luque, Arturo Uslar Pietri, Mariano Picón Salas, Manuel Díaz Rodríguez, Picón Febres Cordero, Ramón J. Velásquez, F. Tosta García, Fermín Toro, Rufino Blanco Fombona, Luis Urbaneja Achelpohl, Manuel Vicente Romero García, son algunas de las plumas que lo recrean.

Boves el Urogallo, Lanzas coloradas, La guerra a muerte, En este país, Peonía, y El sargento Felipe abren este ciclo de guerras civiles. Lo cierran *En la casa del pez que escupe el agua, e Ídolos rotos*. Estas dos últimas novelas resumen la atmósfera política y moral existente cuando los tachirenses asaltan, el 23 de octubre de 1899, con sus caballos, ruanas y extraños generales, las calles de la bulliciosa Caracas de fines de siglo. Son las aprehensiones de un país y un siglo en el transcurrir lento y tedioso de hombres en pos de su verdad. Es nuestra historia política pero también moral. De Boves a Castro transita una línea de tiempo que podría ser, para fortuna o infortunio nuestro, la precisión de una sosegada aunque trágica certeza de sociedad.

SEGUNDA ENTRADA: LAS DICTADURAS, SIGLO XX

Amanece el país con otros propósitos, otros temas y lemas. Sería el novedoso ensayo de generales paternalistas-populistas “en son de libertadores” y de añejas certezas de poder. Ya no es el igualitarismo de Boves ni de Zamora. Ya no serían las banderías políticas que ondeaban en los interminables combates del liberalismo de Antonio Leocadio Guzmán, ni del feroz federalismo con sus consignas salidas del fondo de la historia (“Muera el ganado”, “Mueran los blancos”, “Federación o muerte”), ni del liberalismo azul del viejo Monagas, ni el liberalismo amarillo del otro Guzmán, ni la Revolución legalista del nuevo amo

del país, Joaquín Crespo, ni las asonadas militares de la Revolución de Queipa, la cual reivindica el triunfo del carismático “Mocho” Hernández en las elecciones de 1877, quien enarbola las banderas del liberalismo nacionalista.

Estas travesías político-militares se van apagando en la medida que las añejas consignas dejan de embriagar a las irredentas masas de campesinos seguidores de hombres fuertes. Las guerras van dejando un camino de miseria, muertes y deudas que las arcas vacías del Estado ya no soportan. Fin del episodio: muere el último hombre fuerte del siglo XIX, Joaquín Crespo; la precaria economía colapsa, la deuda pública interna y externa crece exponencialmente, el general que conduce las riendas del país, Ignacio Andrade, se siente maniatado por sus generales, que en sus aspiraciones de poder se encuentran prestos a conspirar. Venezuela se derrumba, los generales andan alborotados sin un taita que los controle y guíe. El viejo caudillaje se desvanece con el siglo, las guerras civiles se agotan de consignas redentoristas, hombres armas y botines. Es la hora de otros generales: si bien ya han probado el sabor del poder regional y de la pólvora, no habían incursionado “en son de jefes” en los quehaceres políticos de la Casa Amarilla.

En *Oficio de difuntos, Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez, En la casa del pez que escupe el agua, Los Riberas, y Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve*, se puede extraer esa artificiosa realidad que columbra los primeros treinta años del siglo XX de vida política y social, de artimañas alineadas alrededor del poder político en una novedosa arquitectura del poder. Ya no son los llaneros gobernados por el Páez de los años treinta, ni los orientales con los hermanos Monagas de los años cincuenta, ni los centrales de Guzmán Blanco en los años setenta y ochenta, ni los macheteros de Alcántara en el setenta y siete, ni los guariqueños de Crespo en los años noventa.

Ahora, en el nuevo siglo que se asoma, son los tachirenses de los años diez, veinte, treinta y casi cuarenta de Castro y Gómez. Si algo de novedoso tiene el proyecto político-administrativo-militar de los andinos, es que éstos mandan, gobiernan con celo regionalista, con tachirenses, pero, esta vez, con la particularidad de darle forma a un poder autocrático que apenas se vislumbraba en los gobiernos del general Guzmán Blanco, 1870-1888, y que vertebraba en torno a Caracas a todo el país. Es decir que la nueva arquitectura de poder personalista-dictatorial se centra en estos dos personajes, Castro y Gómez, que hacen de la Casa Amarilla su centro, su persona: el poder ejecutivo de estos tachirenses se confunde con la figura del caudillo-redentorista; particular manera de gobernar, con la que —con relativo éxito— logra imponer su sello personalista Guzmán Blanco durante dieciocho años. Es el momento de las últimas guerras civiles (Revolución libertadora, 1901-1903) y de los gastados y ancianos caudillos decimonónicos.

Podríase afirmar, pues, que hasta la batalla de la Victoria llegaron ya con sus caballos despeados, los famosos jinetes-fantasmas de las hazañas de la heroicidad legendaria en la génesis de la patria y que después aparecieron en espectáculos impresionantes de las guerras civiles con espectáculos de recia personalidad. Los vencía ahora un caudillo guerrero de distante lugar del país, venido del Táchira, ignorado por muchos venezolanos, pero con un alma fuerte, dominadora (José Abel Montilla, p. 370).

Ahora la política y la guerra dejan los caballos y las montoneras; ahora es la lucha de Palacio, las intrigas, el favoritismo, la adulancia, la lealtad a toda costa; y la construcción de otra manera de gobernar (verticalidad del poder): el dictador-presidente, un solo jefe y un solo ejército. La Constitución Nacional ya no viaja detrás de los azares de las contiendas armadas y de los generales, de las banderías liberales o conservadoras (constituciones de 1857, 1858, 1864, 1874, 1881, 1891, 1893), sino que se acomoda tranquilamente a la palabra del nuevo hombre fuerte: “el salvador de la patria”, “el restaurador”, “el benemérito”, “el rehabilitador”, “el ungido” (constituciones de 1901, 1904, 1909, 1914, 1922, 1925, 1928, 1929, 1931). Ya no se habla de libertades ni de democracia. La diatriba política del siglo XIX queda congelada en los insomnios y en la próstata de Castro y de Gómez. El país se arremeda en las nuevas consignas: “Unión, paz y trabajo”; las fuerzas vivas, los comerciantes, los intelectuales, el pueblo llano, la prensa, marchan al unísono de estos compadres.

La modernización del Estado, puesta en práctica en medio de la anarquía estatal, regional y local, por Guzmán Blanco, el “autócrata civilizador”, llamado “el Ilustre Americano” por sus acólitos y plumarios de turno, se profundiza y se hace realidad con Castro y Gómez. Ellos modernizan y centralizan el ejército nacional bajo el mandato único del presidente-dictador, sanean y restauran la hacienda pública, imponen por medio de la fuerza armada la paz y el orden, accesorios indispensables para conseguir el progreso de la nación; a la par de mejoras en el plano técnico de una red de carreteras que vertebrarán a la Venezuela dispersa y profunda, legada de un siglo dedicado a las contiendas armadas. La carretera trasandina es una presencia y un acercamiento de la región andina al ensayo centralizador (v. Ramón J. Velásquez, *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*; Mariano Picón Salas, *Los días de Cipriano Castro*, y Elías Pino Iturrieta, *Las ideas de los primeros venezolanos*).

Aparicio Peláez y Carmelo Prato (*Oficio de difuntos*), el restaurador y el benemérito, los dos compadres, dos hombres de la providencia surgidos de esa Venezuela profunda de la cual nos habla Pedro Cunill Grau, logran con argucias una evolución dentro de la causa, el 8 de diciembre de 1908; o, si se prefiere decirlo así, logran sustraer de las rebeliones a un país anarquizado por un siglo de guerras civiles, para llevarlo a una paz, o a un silencio, como diría la poetisa Elisa Lerner (Del silencio posgomecista al ruido mayamero, en Venezuela una ilusión de armonía), de treinta y seis años.

Ahora es el tiempo de la tortura, la sumisión, la cárcel, el destierro, la delación, la enfermedad de los beneméritos, la próstata, el engaño, los discursos grandilocuentes del padre Solana (el padre Borges), paladín solemne del régimen, angustioso y perturbado personaje de Oficio de difuntos. La pluma acompaña con vehemencia al régimen andino: son los portavoces de ese tiempo, los cuales construyen una filosofía del poder, tal como lo señala la historiadora Yolanda Segnini (1997): Laureano Vallenilla Lanz, certero pensador de nuestra sociología e historia nacional (*El gendarme necesario*); José Gil Fortoul, eminente historiador (*Historia constitucional de Venezuela*); Pedro Manuel Arcaya, sociólogo dilecto del régimen; Francisco González Guinán, historiador, político liberal polemista (*Historia contemporánea de Venezuela*).

Personalismo político, autoritarismo, amos del poder y del país. “¡Compadre me cuida el coroto!” son, palabras más, palabras menos, las que le dirige Prato a Peláez en el momento de partir hacia Alemania para someterse a una operación de próstata. El país se vuelve impersonal y pasa a ser una propiedad de los generales en ejercicio de poder. El general Peláez, en sus interminables soliloquios, asume que Venezuela es de él; es como su hacienda de La Mulera, en la que debe imperar el orden y el trabajo, al mejor estilo de las casas comerciales alemanas de finales de siglo, que hacían vida en la San Cristóbal de entonces.

Si todo el mundo estaba ocupado en algo no habría tiempo para pensar en vagabundería. Nada que rompiera su orden era admisible. Ninguna alteración ningún desvío. Todo tenía que comportarse conforme a su voluntad. (...) 'Esto es más difícil que arrear pollos. Se le quieren escapar a uno por todos lados'. Había que poner orden. Pero había mucho pícaro. Estaban solamente escondidos, esperando para asomar de nuevo la cabeza. 'Aquí va a andar todo el mundo derecho' (Arturo Uslar Pietri, Oficio de difuntos, pp. 253-254).

TERCERA ENTRADA: LA TRANSICIÓN: TIEMPOS DE LÓPEZ CONTRERAS, MEDINA ANGARITA Y LOS RÓMULOS, 1936-1948

Uslar Pietri (*El laberinto de la fortuna*) confecciona un retrato y una estación de máscaras de la Venezuela que ve transcurrir el tiempo histórico desde la muerte del general Gómez hasta el momento de la dictadura del general Pérez Jiménez: gobiernos de López Contreras, Medina Angarita, Rómulo Betancourt, Rómulo Gallegos, Carlos Delgado Chalbaud, Suárez Flamerich y Pérez Jiménez. Tiempo histórico apuntalado por una cotidianidad azarienta que, sin recurrir a la rigurosidad de la historia y apelando a lo ficcional, recrea, por medio de sus personajes, los cuales fungen de arquetipos tipológicos conductuales, nueve contextos histórico-políticos de la Venezuela postgomecista.

Uslar Pietri diagnostica, con pluma inquisidora y en actitud de pesquisa, la nueva cotidianidad del venezolano, ahora con afanes de conspirador, con arribismo acomodaticio, en un contexto de apertura política y búsqueda de una sociedad abierta, con prólogo de “democracia gradual encauzada” (1936-1945), de experimento de “entre devoramiento político” (1945-1948), y con epílogo de ruptura de lo militar con el poder civil (24 de noviembre de 1948).

CUARTA ENTRADA: LA DICTADURA MODERNIZANTE DEL “NUEVO IDEAL NACIONAL”: LOS TIEMPOS DE PÉREZ JIMÉNEZ, DELGADO CHALBAUD, LLOVERA PÁEZ, SUÁREZ FLAMERICH, PEDRO ESTRADA, LAUREANO VALLENILLA LANZ (HIJO), 1948-1958

El laberinto de fortuna, *Un retrato en la geografía y Estación de máscaras*, de Arturo Uslar Pietri, y *Cuando quiero llorar no lloro*, de Miguel Otero Silva, dan vida a personajes para recrear la ficción política de unos años estacionados en el quehacer cotidiano de nuevos jefes y subalternos, buscando cada cual acomodo en una sociedad que se perfila, esta vez, en decisiones de militares alejados de los partidos políticos (AD, URD y el Partido Comunista) y de la política, como le gustaba señalar al general Pérez Jiménez. Emergía un nuevo diseño ideológico que buscaba dejar atrás “150 años de atraso y barbarie” (Editoriales El Heraldo, 1955). Ni caudillos decimonónicos, ni dictadura gomecista, ni gobiernos de emergencia social de matiz radical de hegemonía adeca, fuente de populismo, despilfarro y corrupción. Los nuevos generales sostenidos por discursos de altura ideológica salidos de la pluma de Laureano Vallenilla (hijo) hacían tabula rasa del pasado reciente y su persistente aroma de barbarie y atraso. Este lo recordaba con precisión:

El Coronel Marcos Pérez Jiménez, Presidente de la república, encarna un tipo original de gobernante latinoamericano. No tiene parecido con los caudillos tradicionales ni con los demagogos que en estos lares han encabezado los partidos llamados populares. No es ni Gómez ni Betancourt, ni Ubico ni Arévalo, ni Benavidez ni Haya de la Torre, ni Machado ni Grau. En el momento crucial que vive el mundo, representa la cultura contra la improvisación, la prudencia contra la temeridad, la dinámica contra la estática, el patriotismo contra las banderías. Estas cualidades personalísimas, y ajenas a quienes le precedieron en el mando, han traído como consecuencia un nuevo estilo en el ejercicio de las funciones de gobierno. Una nueva manera de ejecutar y ordenar que influya poderosamente sobre toda la nación (Editoriales El Heraldo, p. 1).

El proyecto militarista-modernizante recomenzaba desde cero. Rescataban con vehemencia el don de mando militarista-personalista y autoritario de Guzmán Blanco y

Juan Vicente Gómez, el respaldo de las fuerzas vivas, la prensa y los intelectuales al servicio de un régimen que daba prioridad a “el orden, la paz y el trabajo”.

El general Diego Collado, Álvaro Collado, Celmira Collado, Saúl Verrón, Lázaro Agotangel, Eladio Flores, Marta Collado, el teniente Abel Maldonado, el doctor Juan Milvo, bachiller Bruno Galeotti, Juvenal Contreras, personajes ficcionados de Arturo Uslar Pietri (*El laberinto de fortuna*), que se mueven en la cotidianidad de la Caracas de los años cincuenta, representan el pequeño mundo de la intriga política, de las conexiones, de las conspiraciones, de los amores, de la perseverancia, del arribismo político. Es la pequeña trama que se teje alrededor de los nuevos jefes del poder. Los extremos de esos comportamientos los reportan Álvaro Collado y Lázaro Agotangel.

Tú habrás aprendido mucho en esos países (le sentenciaba cínicamente Saúl Verrón a su cuñado Álvaro Collado), pero el que te puede enseñar todo lo que tienes que saber de aquí es Lázaro. Ese es cuatriborleado. Eso significa que era doctor en mañas, licenciado en vivezas, profesor de ardides, veterano en dolos y engaños (Álvaro Collado, en su postura ética y crítica respecto al arribismo político ya habitual, reinante en la sociedad de aquellos años, le responde) Cuando uno está demasiado metido en la lucha de todos los días se va amellando y haciendo insensible para ciertos valores morales.— ¿Y para qué sirven esos valores, sino sirven para vivir? ¿De qué sirve estar lleno de sabiduría y virtudes si los demás lo miran a uno como un pendejo? —proclamó Verrón (A. Uslar Pietri, *Estación de máscaras*, p. 78).

Por su parte, Francisco Herrera Luque traduce a la ficción (*En la casa del pez que escupe el agua*) el periodo histórico que transita desde los años del régimen personalista del general Antonio Guzmán Blanco hasta la muerte de Gómez. Medio siglo de historia, 1870-1936, período en el cual transcurren los gobiernos de Guzmán Blanco, Francisco Linares Alcántara, Joaquín Crespo, Rojas Paúl, Andueza Palacio, Joaquín Crespo, Ignacio Andrade, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Tiempo de caudillos nacionales, regionales y locales.

Mención aparte nos merecen los personajes de Miguel Otero Silva (*Cuando quiero llorar no lloro*). Los Victorinos nacen el mismo día y año (1948), en momentos en que se rompe la alianza civil-militar. Tercer golpe de estado exitoso del siglo XX. Año que abre las compuertas de la dictadura perezjimenista, y, con ella, la vuelta de la represión, las cárceles, la muerte de la libertad de expresión, torturas, destierros, sumisión de la población, la adulancia, el autoritarismo. Los Victorinos mueren el mismo día y año (1966), cuando ya se han instalado los gobiernos de los partidos políticos democráticos; no obstante, la violencia política no ha estado ausente de la escena política de la nación. Es la época de los movimientos guerrilleros portadores de las doctrinas marxista-leninistas.

La novela abarca dos momentos históricos: la dictadura militar y la democracia de partidos (1948-1966).

QUINTA ENTRADA: A MANERA DE DESENLACE

Andrés Barazarte, en soliloquio, recorre las calles de una ciudad impregnada de violencia política, murmuraciones, ecos de pasos, lamentaciones; una ciudad inscrita en una cotidianidad de automóviles, humo, nuevas tiendas, avisos promocionales y aspiraciones de certidumbre política. Barazarte encarna un ideal político-ideológico que recorre el escenario político y el tiempo histórico que vive el país en ese acaecer de la temprana democracia instaurada. Parece que la violencia, las intentonas militaristas y los golpes de Estado han quedado en el haber de nuestra historia. Pero el novel personaje de Adriano González León nos dice lo contrario. En su maletín, cual caja de pandora, lleva una orden expresa o línea política que se entremezcla con el bullicio de hombres y mujeres que caminan por esas calles con sus afanes ontológicos, despreocupados del suceder político del momento. Sus luchas están en otros afanes colindantes a sus preocupaciones diarias. Barazarte marcha solo, con sus pensamientos que navegan cual náufragos, y con sus miedos. “El exceso de preocupaciones ocultaba un vago deseo de no llegar, de retardar al menos el encuentro, de poner lo más lejos posible el momento decisivo” (Adriano González León, p. 17). Sin “final feliz”, Adriano González León nos ofrece una mirada desde la ficción, respecto a la realidad histórica de una ciudad que resume en sus calles una lucha armada, expresión de un escenario colmado de vehemencia política.

Podríamos comentar en dilema de lectores de la historia y la ficción, sobre el recorrido de la violencia política en la Venezuela decimonónica, comenzando con el Boves de Herrera Luque, que entra en la escena político-militar de la guerra de independencia por allá en 1814, y culminando en el Andrés Barazarte de González León, en la Venezuela de los años sesenta del siglo XX. Aquel traducía su furia y venganza guiando a los llaneros de a caballo, arropado en su carisma y arrojo personal; este otro continúa el camino de la violencia armada, montado en un autobús con un designio misterioso anclado en su maletín negro, pero sin arrojo ni carisma, y lleno, sí, de incertidumbre. Son dos Venezuela, dos países, dos certezas, dos hombres, pero igual destino de tragedia: aquel culmina su travesía en Urica (1814); el otro, en un solitario apartamento, con olor a huida, de esa Caracas bulliciosa e indiferente, pensando en su Delia acribillada: el mismo destino que le aguarda en instantes.

Tú regresaste al apartamento (...) y ellos, desde afuera, apuntaron sobre la puerta, la llenaron de plomo (...) y estabas tú sangrante, con balas en el pecho y la cabeza, cálida, con tus grandes

ojos inertes, sin la voz, todavía con tu olor, enmandarinada, el labio mordido, por desafío, los colores perdidos, Delia, muerta de resplandores y de balas (A. González León, p. 260).

Agreguemos también la sórdida elipse de nuestra violenta recurrencia como país en construcción:

El sargento Felipe (G. Picón Febres, *El sargento Felipe*) regresa a su finca destruida; muerta Encarnación, su mujer, sólo le quedará el suicidio.

Paulo Guarimba (L. M. Urbaneja Achelpohl, *En este país*), de peón a general y ministro, regresa junto a su prometida Josefina Macapo:

Bien hacía Josefina en asirse a Paulo; la sutil, la graciosa y espiritual Josefina ganaba al injertar, al unir su vieja savia, gastada, podrida, con el vigor y la salud que representaba aquel hombre, heroico, generoso y bárbaro. Así cavilaba Gonzalo Ruiseñol, aislado en medio de la general alegría. (...) su faz reflejaba gran dolor y desaliento (L. M. Urbaneja Achelpohl, pp. 326-327).

Alberto Soria (M. Díaz Rodríguez, *Ídolos rotos*) opta por el camino del exilio, al verse sobrepasado y abrumado por una realidad, por una sociedad en concierto de matanzas y de taitas:

Las venus al revés del dios de la luz, miraban el techo del salón, no hacia arriba. Los soldados entre una frenética explosión de erotismo bestial, con las puntas de sus bayonetas habían simulado, en los blancos cuerpos de las estatuas, el sexo de las diosas. Y no pudiendo ya violar campesinas en los ranchos de la sabana y en los bohíos del monte, violaron con sus caricias de brutos, las blancas diosas de yeso (...) y al final ya de huida (...) '...escribió con la sangre de sus ideales heridos, dentro de su propio corazón, por sobre las ruinas de su hogar y sobre las tumbas de sus amores muertos, una palabra irrevocable y fatídica: Finis Patriae' (M. Díaz Rodríguez, pp. 136-137).

Alfonso Ribera (M. Briceño Iragorry, *Los Riberas*) y Fermín Entrena (J. A. Montilla, *Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve*) parten a Caracas en su juventud; el primero, impelido por su familia para hacer futuro en la capital bajo el ala protectora del general Gómez; el segundo, empujado por el huracán de la Revolución restauradora. Ambos, con sueños; el uno, de riqueza y posición social, y el otro, abocado a la persecución de un ideal de patria renovada en los fueros de don Carmelo Prato y Prudencio Peláez; ambos llenan un tiempo en una Venezuela bajo la cintura de los generales tachirenses, una Venezuela que conoce las últimas guerras civiles y el afianzamiento de las dictaduras de principio de siglo.

Los Riberas fue publicada en la Madrid de 1957, época del mandato perezjimenista. *Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve* fue escrito entre octubre de 1941 y abril de 1944, durante el gobierno del general Medina Angarita, gomecista de origen, pero demócrata en su haber político.

Un día en medio del pesar de los viejos servidores, Fermín Entrena y su hermana, la señorita Fidelia, emprendieron viaje. La casa quedó cerrada y silenciosa. Unos meses después la mansión de 'Pirineos' tenía el aspecto de las cosas abandonadas. Sin alma, destinada, tal vez a la ruina lenta. En los corredores, las hojas de los árboles cercanos formaban montículos por donde corrían libremente las lagartijas. En los aleros, se escondían mochuelos y murciélagos; las telas de araña lucían en los rincones. En la estancia de la dueña un viejo espejo, recuerdo de la familia, aparecía con la luna empañada (J. A. Montilla, pp. 575-576).

Al final de sus días, luego de haber trepado por los innumerables hilos de la compleja madeja de funcionarios gomecistas, hacedora de riqueza y poder, Alfonso Ribera enfrentará las dos realidades existenciales del país:

Te repito, papá. Soy frente a ti tu propia conciencia desnudada. Te digo lo que tú mismo deberías haberte dicho hace tiempo. Rompiste la hebra de otros destinos y yo te ofrezco empatarla. (...) Ayer abandonaste a tus hijos bastardos; después te asociaste con los que vendían al país; en mi presencia has renegado del pueblo en que abriste los ojos a la vida, y has negado tu apoyo material a miembros sufridos de tu propia familia. Mírate en el espejo de mis palabras. (...) [Le dice el padre:] ¡Cínico, cobarde, comunista, canalla! Deja mi casa. (...) [Alfredo] sin alterarse en nada, se disponía a salir, cuando el padre lanzó un agudo grito, dio un traspíe y cayó al suelo en ictus (Mario Briceño Iragorry, p. 472).

Álvaro Collado y Lázaro Agotangel (A. Uslar Pietri, *El laberinto de fortuna*) comparten un destino común en la Venezuela postgomecista (1936-1958). El primero, Álvaro, idealista, con veleidades “comunistas”; el segundo, Lázaro, proveniente de una de las barriadas pobres caraqueñas, arribista, con olfato para reconocer los “momentos clave” para acomodarse cerca del poder político. ¿Y qué otras expectativas podían tenerse en la Venezuela de los años cincuenta, sino la de ampararse bajo la sombra del general de turno? Dilema existencial al que se enfrentan los personajes al momento de tomar decisiones para el acomodo material o moral. Lázaro es el arquetipo de los hombres venidos del siglo XIX.

Álvaro parece comulgar con las posturas morales de un Fermín Toro. Ya nos imaginamos sus tablas de valores en una Venezuela postrada bajo las riendas del militarismo de los años cincuenta.

Boves, la familia Machado, la familia Corrales, la familia Otáñez, Concha'piña y su hijo, Cuqueta, Sobeido, Ceballos, Carolina, el sargento Felipe, Alberto Soria, Carmelo Prato, Aparicio Peláez, Ezequiel Amaya, Damián Dugarte, el padre Solana, Paulo Guarimba, Alfonso Ribera, Vicente Alejo Ribera, Fermín Entrena, Álvaro Collado, Lázaro Agotangel, Andrés Barazarte, los Victorinos. En suma, nuestros personajes reales y ficticiales, con vida propia en el corpus novelístico en estudio, nos muestran un sucederse apuntalado de hechos constructores de conductas disímiles que organizan la cotidianidad de una sociedad.

REFERENCIAS

- Armas Chitty, José Antonio de. *Boves a través de sus biografías*. Caracas, Editorial América Libre, 1976.
- Arraiz, Antonio. *Puros hombres*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1974.
- Arraiz, Antonio. *Los años de la ira: Las guerras civiles en Venezuela, 1830-1903*. Caracas, Vadell Hermanos Editores, 1991.
- Briceño Iragorry, Mario. *Los Riberas*. Caracas, Fundación Mario Briceño Iragorry, 1983.
- Díaz Rodríguez, Manuel. *Ídolos rotos*. Caracas, Editorial Panapo de Venezuela, 1996.
- Díaz Sánchez, Ramón. *Guzmán, eclipse de una ambición de poder*. Caracas, Ediciones Edime, 1952.
- Fauquié, Rafael. *El silencio, el ruido y la memoria*. Caracas, Fondo Editorial Acta Científica Venezolana, 1991.
- Diccionario de Historia de Venezuela. Caracas, Fundación Polar, 1997. 4 tomos.
- González Guinán, Francisco. *Historia contemporánea de Venezuela*. España, Ediciones de la Presidencia de la República, 1954. 15 vols.
- González León, Adriano. *País portátil*. Caracas, Seix Barral, 1969.
- Herrera Luque, Francisco. *Boves el Urogallo*. Caracas, Editorial Fuentes, 1973.
- Herrera Luque, Francisco. *En la casa del pez que escupe el agua*. Caracas, Editorial Fuentes, 1976.
- Lerner, Elisa. *Venezolanos de hoy en día: Del silencio postgomecista al ruido mayamero*. En: *El caso Venezuela. Una ilusión de armonía*. (Coord. Moisés Naím y Ramón Piñango). Caracas, Ediciones IESA. 6ª Edición. 1995.
- Lindholm, Charles. *Carisma: Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*. España, Gedisa, 1992.
- Montilla, José Abel. *Fermín Entrena, un venezolano del noventa y nueve* (novela histórica). Caracas, Editorial Italgráfica, 1998.

- Otero Silva, Miguel. *Cuando quiero llorar no lloro*. Caracas, Seix Barral, 1982.
- Pardo, Miguel E. *Todo un pueblo*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1981.
- Picón Febres, Gonzalo. *El sargento Felipe*. Caracas, Editorial Ayacucho, 1947.
- Picón Salas, Mariano. *Los días de Cipriano Castro* (Historia venezolana de 1900). Caracas, Ediciones Garrido, 1953.
- Pino Iturrieta, Elías. *Las ideas de los primeros venezolanos*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2003.
- Pino Iturrieta, Elías. *Venezuela metida en cintura, 1900-1945*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006.
- Quintero, Inés. *La criolla principal*. Caracas, Editorial Alfa, 2016.
- Rangel, Domingo Alberto. *Los andinos en el poder: Balance de la historia contemporánea de Venezuela*. Vadell Hermanos Editores, 1980.
- Segnini, Yolanda. *Las luces del gomecismo*. Caracas, Editorial Alfadil, 1997.
- Suniaga, Francisco. *El pasajero de Truman*. Caracas, Editorial La Galaxia, 2014.
- Toro, Fermín. *Páginas escogidas*. Caracas, Los Libros de Plon, 1979.
- Toro, Fermín. *Los mártires*. Caracas, Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2017.
- Torres, Ana Teresa. *La herencia de la tribu: Del mito de la Independencia a la Revolución bolivariana*. Caracas, Editorial Alfa, 2009.
- Tosta García, Francisco. *La guerra a muerte*. Caracas, Episodios venezolanos, IV. Eduven, (sf)
- Urbaneja Achelpohl, Luis Manuel. *En este país*. Caracas, Biblioteca Popular Venezolana, 1958.
- Uslar Pietri, Arturo. *El laberinto de fortuna: Estación de las máscaras*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1964.
- Uslar Pietri, Arturo. *El laberinto de fortuna: Un retrato en la geografía*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1962.
- Uslar Pietri, Arturo. *Oficio de difuntos*. Barcelona (España), Austral, 1976.
- Uslar Pietri, Juan. *Historia de la rebelión popular de 1814*. Caracas, Editorial Mediterráneo, 1968.
- Vallenilla Lanz (h), L. (S/F). *Editoriales de "El Heraldo por R.H. 1954-1955"*. Caracas, Ediciones de "El Heraldo"
- Vallenilla Lanz, Laureano. *Cesarismo democrático*. Caracas, Obras completas, tomo 1, Universidad Santa María, Centro de Investigaciones Históricas, 1983.
- Vegas, Federico. *Falke*. Caracas, Editorial Mondadori, 2005.
- Velásquez, Ramón J. *La caída del Liberalismo Amarillo: Tiempo y drama de Antonio Paredes*. Edición en homenaje al autor, Caracas, Congreso de la República, 1987.
- Velásquez, Ramón J. *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*. Caracas, Ediciones Centauro, 1989.